

LA BESTIA DURMIENTE

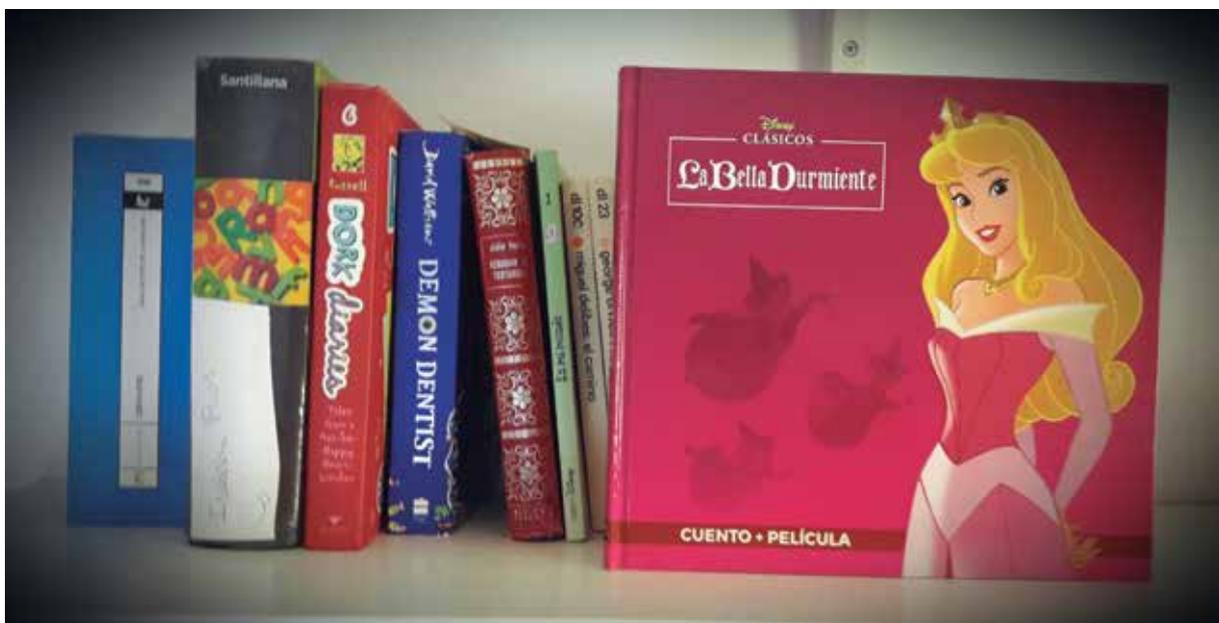


*¿Quién no ha tenido que ir a trabajar después de una noche en vela?
¿Y quién, en el silencio de la biblioteca, no se ha tenido que resistir a
caer en los brazos de Morfeo ni se ha movido entre la delgada línea que
separa la realidad de lo onírico? Dice Jardiel Poncela que “En la vida
pocos sueños se hacen realidad, pues la mayoría se roncan”. Y según
Rafael Barret “Desprenderse de una realidad no es nada; lo heroico es
desprenderse de un sueño”. Así pues, cuestionando a Calderón de la
Barca: los sueños ¿sueños son?*

Queridos compañeros del metal, del vil metal, esta noche no he pegado ojo. La he pasado en blanco y estoy doblada. En coma profundo. Y pensar que tengo que ir a trabajar a la biblioteca con este cuerpo, icon este mal cuerpo!, y que después, con el mismo, tengo que bailar, me pone los pelos como escarpas. Y todo, como siempre, por culpa de mi señor *espeso*, que ahora le ha dado por roncar, cada vez de forma más recurrente y entusiasta. Roncó tanto anoche que, lo confieso, me he cebado cruelmente con él. Tras varios avisos de mi pie izquierdo acariciando sutilmente su peluda pantorrilla derecha, cuando se encontraba en el más profundo de sus sueños, en plena fase REM, con las sábanas levitando como si fuera Pedro Picapiedra y unos rugidos más propios del león de la Metro, y a punto del infarto de miocardio víctima de una amnea, le he acechado una patada voladora y, del certero golpe, ha caído en bloque al suelo. El silencio y el golpazo han sido tales que he pensado: "Ya está, no roncará nunca más". Pero, entonces, se ha levantado con paso firme, decidido. Bueno, en realidad iba cojeando, bufando y jurando en arameo. Por vez primera he sentido que mi *espeso* perdía, excepcionalmente, su infinita paciencia. "¡Has sido tú!", me ha dicho asertivamente, entre dientes. Y yo, aguda como siempre, me he hecho la dormida. Pero sin seguir su escuela, que si hay algo que llevo a gala es no roncar. No dando crédito a verme cual bella-barra-bestia durmiente mientras él, humillado, se levantaba del frío suelo, confuso y dolorido, ha respetado mi sueño, mi escaso sueño (apenas una hora). Y, sigilosamente y cabizbajo, se ha ido, cual alma en pena, con la almohada bajo el brazo

y tirando de una pesada manta zamorana de cama de uno ochenta, dirigiendo sus pasos hacia el sofá de escay del salón. Esta mañana ha habido un gran silencio entre nosotros. Y he observado cómo se miraba el hematoma de su pierna mientras se quemaban las rebanadas de pan en el tostador. Pero no ha hecho ningún comentario al respecto, ni sobre el color de las tostadas ni sobre el de su rodilla. Silencio total.

Así que hoy no hay manera de que me concentre aquí. Mientras todo el mundo parece estar tan a gustito, al calor de los libros, yo estoy que trino, completamente disipada, como una gaseosa abierta del día anterior, sin fuerza y sin gracia. Con cero burbujas y con cero tolerancia. Ganas me dan de gritar eso de "¡Pues si no hay Casera (valga el símil), me marchó!". Me marchó de casa, es decir, me independizo, y me marchó de la biblioteca. Pero, calla, que estando así las cosas en España... Además, de independencia, nada. Tendría que volver a casa de mi madre. Y eso no es viable, ya se encargó ella de dejarlo muy claro cuando nos casamos: "Oye, yerno, te llevas una joyita, pero la niña no tiene garantía de devolución, ¡eh!". A lo que él, que por entonces estaba enamorado de mí hasta las últimas consecuencias, le respondió: "Suegra, tranquila, que Santa Rita, Rita, lo que se da, no se quita". ¡Qué lista mi madre, cómo nos engañó! El caso es que nuestras vidas (la de mi marido y la mía), a pesar de tener el común denominador de abrir la boca (él roncar y yo comer), están tomando caminos diferentes. Él explora las alturas, levitando. Y yo las anchuras, engordando. Y todo esto hasta que la muerte nos separe.





El silencio de la biblioteca me está invitando a dormir, y yo estoy haciendo verdaderos esfuerzos para que los ojos no se me cierren. De pronto, esta calma viene interrumpida por un sonido que se me antoja cual ronquido. Y, claro, después de la nochecita que he pasado, sólo me faltaba tener que aguantar aquí la segunda parte. Seguro que ya se me ha quedado frito un usuario por algún rincón. "¡Perdone! – le digo al usuario de la mesa de enfrente – ¿usted ha oído lo que yo?" En esto que veo se pone colorado y me dice: "¿Eh? ¡No, no, yo no he oído nada!" Y como estoy bastante sensibilizada con el tema, le insisto: "Venga, que le he visto ruborizarse". Y confesándose me dice: "Sí, claro que lo he oído". "¿Y qué cree que ha sido?" – le pregunto. "¿Me toma el pelo?" – me contesta. "A mí tan pronto me huele, es decir, me suena a fonema gutural como a vibrante múltiple" – le he especificado en plan Sherlock Holmes con las pistas en la mano. Se acerca al mostrador y me pregunta: "¿Y no le huele a otra cosa?". "No – le he dicho yo – ¿A qué le huele a usted, caballero?". "A ver, Señora, concretando: ¿ha sido usted?" – me dice. "No, yo no" – le he contestado. "¡Pues, entonces, para qué pregunta!" – ha concluido mientras regresaba a la mesa diciendo que yo era una pija... y que para llamar a las cosas por su nombre no había que andarse con tantas "peDífrasEs". ¡Qué barbaridad, cómo se pone la gente, oye! Todo el día preguntándome qué hora es, dónde está el baño, cuántas pelis puedo "alquilar"...porque si aún fueran preguntas de referencia... ¡Y para una vez que pregunto yo...! No entiendo nada.

Cierro los ojos para relajarme. De nuevo todo en calma cuando oigo ahora como un silbido.

Llamo a mi compañero por si está haciendo la serpiente o dícese del bibliotecario que manda callar a los usuarios: "Oye, ¿eres tú?" – le pregunto. "No, si te parece soy tu tía. Pues claro que soy yo ¿Qué quieres?" – me dice. "Que no chistes" – le digo yo. "Si la del chiste eres tú, que me llamas y me preguntas si soy yo" – añade. "Que NO chistes, te digo". "¡Ah! ¿Que no beber, no comer, no fumar, no móviles en la biblioteca y ahora, además, no chistes? Pues nada, oye, yo seco como la mojama".

Los párpados me pesan. Ahora el silencio de la biblioteca es alterado por los tacones de una usuaria que, sentándose junto al usuario de antes, se descalza, como si sus pies no olieran. Siempre me ha llamado mucho la atención observar el comportamiento de la gente, especialmente el de aquellos que son capaces de abstraerse del mundanal ruido, como si nadie más que ellos existiera...y viven felices al margen del qué dirán, de la educación y de las normas.

Y de nuevo los tres sonidos –el gutural, la erre vibrante múltiple y la ese líquida– en su perfecto orden de ejecución: *igggggg, rrrrrr, sssssh!* Miro al usuario de enfrente, el mismo que antes, y señalándome la oreja le pregunto: "¿Lo has oído?". "¡Pues yo no he sido ahora, eh!" –me responde arrogante. Me señalo la nariz y le pregunto: "¿A qué te huele?" "¡Calla, hombre, ya! – me grita indignado– ¿O vas a empezar ahora con tu verborrea barata para al final decirle a la chica que se calce los zapatos? ¡Vieja amargada! ¡Vete a tu casa ya a dormir la mona!". La verdad, sigo sin entender nada. Aunque reconozco que, en lo de amargada y dormir, que no en lo de vieja, no le falta razón.

Volvía todo a la calma cuando ha llegado un usuario, con prisas y muy malos modales, dando golpes sobre el mostrador y gritando: "¡Oiga! ¡Señora! ¡Señora, por favor! ¡Señoraaa! (pues ni que estuviera sorda yo, o dormida)...le devuelvo estas dos películas". *La Cabina* y *El ángel Exterminador*. ¡Madre mía, qué mal rollo! En ambos casos protagonistas encerrados. En aquella el pobre López Vázquez en una cabina. Y en la de Buñuel un grupo de aristócratas en una mansión. ¡Qué angustia! No me gustaría verme nunca en esa situación. ¿Os imagináis, yo que me quiero independizar de mi *espeso*, en estos tiempos de tecnología e inmediatez, encerrados y sin móvil, con lo dependientes que somos, sin FB, Twitter o Instagram? Por cierto, miro mi móvil. Mi *espeso* me ha enviado un wasap: "Cari, estoy en el médico. Creo que esta noche, soñando, me he caído de la cama". Iba a haberme confesado: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa..." Pero me lo he pensado mejor y me he dicho: "Súper: ¡Chitón! Esto se va contigo a la tumba".

Miro el reloj. Apenas me queda una hora y ya estoy soñando con echar el cierre: colocar las devoluciones...bajar las persianas...apagar los *Opacs*, el ordenador, las luces y... "Aaaah" – bostezo...regresar a casa a dormir. Desalajo a los usuarios, que apuran hasta el último minuto para salir, más hoy que hay tormenta con aparato eléctrico y caen chuzos de punta. Y cuando ya estamos todos frente a la puerta automática de salida, con los paraguas y la noche encima, cae un relámpago sobre la acera, que produce una caída eléctrica, dejando bloqueadas las puertas y a todos los presentes: los usuarios, mis compañeros, el Concejal, el Alcalde... (si antes digo que quiero independizarme e irme a dormir...). Compruebo que no tenemos línea. Tampoco Wifi. Ni luz para ver. Y, de modo extraordinario, las baterías de los móviles han muerto también. "Señores, no perdamos la calma, ni la compostura (que me lo estoy viendo venir), en breve vendrán a nuestro rescate". Y si no vienen –pienso– mejor. Al menos hoy podré dormir sin que nadie me ronque al oído. En esto que oigo de nuevo el "gggggg, rrrrrr, sssssh". "¿Han oído lo que yo?" – pregunto. "¡A ver, coleguitas – grita el usuario gruñón – si a alguien se le ha caído algo, aprovechando los truenos, que hable ahora o calle



para siempre, antes de que la señora bibliotecaria se ponga fina!". Y cuál es mi sorpresa que, en medio del gentío, va el Concejal de Medio Ambiente y, levantando la mano, entona el mea culpa (¡Ya podía haber mentado, como de costumbre!) Y yo, para tenderle una mano, como siempre, y desviar la atención, pregunto: "Pero, ¿no habéis oído a alguien roncar cual oso hibernando?" Respondiendo otro: "¿Y a usted nadie le ha dicho nunca que parece una bestia durmiente?" Miro a mi alrededor. Los usuarios, mis compañeros y políticos siguen ahí. Ahora riéndose. La puerta continúa cerrada. Y fuera sigue sin escampar. Suspiro, me arrodillo frente a ellos y rezo un padre nuestro y dos aves marías para pedir que mi *espeso* me dure mucho, que su rodilla también, y que todo esto sea un sueño, un mal sueño, y poder despertar. ▴

Créditos

AUTORA: Ramos, Susana (supersu@hotmail.com).
FOTOGRAFÍAS: Ramos, Susana.
MATERIAS: Bibliotecas / Bibliotecarios / Usuarios de Bibliotecas.